





los acusaban al abuelo y los tios, porque esto era publico; no veia los manejos de adentro, porque estos se combinaban en las tinieblas. El publico no podia comprender una ingratitud tan criminal, y por eso y mientras se descubrió la impostura la voz publica iba por donde iban las diligencias del sumario. La impostura no se ha descubierto hasta las ultimas diligencias del plenario. ¿Se ha consultado despues; consta en la causa lo que luego ha dicho la voz publica? No; luego ahora no es eso lo que dice el publico; el publico hoy dice lo que la defensa, que ha habido una conjuracion horrible para pasarse por debajo de la pata á los Monederos, pero que esa conjuracion ha sido deshecha por la voluntad de Dios presentando esos papeles á un Monedero que exigió cuenta de ellos á su autor y quien por evitar su responsabilidad ya que no podia negar el hecho, buscó una disculpa que como todas las disculpas de lo malo ha sido para él peor que la confesion y ha dado la luz bastante para conocer toda la trama; esa disculpa, que si la habia escrito, tambien escribia; cuanto llegaba á su noticia porque el juzgado le encargó pusiera en su conocimiento cuanto averiguara; y de hilo en hilo se ha venido por fin á desenvolver la madeja y á deshacer la red que aprisionó y enredó á los Monederos que al fin ya cabo no pasarán por bajo de su pata. Loda sea esa Providencia que con hechos tan sencillos lleva á descubrir manejos tan grandes! Loda mil veces, porque por mil senderos, ora tortuosos ó seguidos conduce á proteger el bien y exhibir el mal con sus feos colores!...

na ha borrado y castigado en todos los códigos. La lucha de la sociedad con el individuo no se ofrece ya á nuestros ojos. Está cubierta con el polvo del olvido en las páginas del *Fuero Juzgo*, cuando el médico era perseguido al hacer una operación quirúrgica. Hoy no existe la vindicta: la ley no es un arma en manos de la sociedad para herir y acosar al individuo. Es el escudo protector de la verdad y del derecho. Su misión no es el terror, su misión es la confianza. Comprende que perjudicia y conmueve á la sociedad entera que es solidaria, avasallando el derecho de las mas pequeñas é insignificantes de las individualidades. Que el respeto del derecho de uno es una sancion de los derechos de todos. Y es por esto por lo que ya no existía la vindicta, que la venganza envuelve la pasion, y la pasion desconoce la justicia. Y despreciando todo esto, ¿en qué clase de prueba va á fundar V. E. ese castigo reclamado en nombre de la vindicta pública? ¿Existe acaso esa prueba de indicios que pregunté antes? Despues del examen hecho ¿dónde está esa prueba invidiaría que yo no la veo?... ¿Es prueba el dicho de un pastor, uno tan solo, que ha visto tres bultos sin llevar nada, ni haber dejado caer nada, dirigirse hácia la calle en que viven Cecilio, la viuda, los hijos, padre y hermanos del desgraciado Juan, y que dirige á muchos, lados sin que les haya conocido ni aprendido la casa en donde entraron? ¿Es prueba el haber oido la perjuración maestra, la enemiga de los Monederos, esas palabras, «no se menea, no», sin que sepa á qué se referían?... Se me olvidaba hablar de la maestra, y quiero aprovechar este recuerdo para hacerlo detenidamente, y ahora como antes, como siempre conocerá V. E. toda la impotente saña de los enemigos de los Monederos. Dice la maestra: «Que se levantó á arreglar su caballería, que estaba enredada, y al subir, ya en la sala, sintió que hablaban en la calle, adquiriendo por la voz el convencimiento de que era Manuel Monedero; que acercándose á la ventana le entendió que decía dirigiéndose á otro mas bajo que no sabia quien es: «No se menea, no» mas no pudo inferir por qué lo decía, así como tampoco quién fuese el mas pequeño, y no dió importancia á lo que oyó, moviéndose en seguida en la cama, y no hizo caso de lo referido hasta dias despues.» ¿Qué es lo que no se menea? ¿La velata de la torre, ó el perro que está dormido en la calle? Esto, admitiendo en toda la estension y gravedad á que eleva el señor fiscal esta declaración. Pues bien, despues de esto, sepa V. E. que el mismo dia de la ocurrencia dijo esta señora á Silverio Cristóbal, su mujer y Enrique Lopez, como se prueba por

sus declaraciones, que no vió ni sintió nada en toda la noche que pudiera tener relacion con el suceso, porque se acostó á las nueve y no se levantó hasta las siete y media, en cuyo tiempo no salió de la cama, y que si ella hubiera visto u oído algo que pudiera perjudicar á los Monederos, bastante tenían para hundirlos. Porque segun declaran los concejales de Sauquillo reñía acaloradamente en todas las juntas de escuelas con Vicente Monedero, porque la rebajó su asignación y la echó de la casa que habitaba de su propiedad y la hizo vivir en otra que dista mucho de tener las comodidades de aquella y carece de piso alto. Y si V. E. nota que está declaración se dió despues de mucho tiempo, cuando el señor cura y demas alzaron la cruzada contra los Monederos, y de una manera muy singular diciendoselo á uno para que se lo dijera al alcalde, éste al señor cura, éste al juez, quien dispuso fuése citada, así de tercero ó cuarto grado, se acordará de que distinguiendo el tiempo se concederá el derecho. ¿Cómo esplica esa falta de franqueza, ese eslabonamiento y esa tardanza, diciendo al folio 618 vuelto que estaba aturdida hasta el punto que no podia dar razon de si el juzgado fué entonces á Sauquillo. Por ese aturdimiento sin duda caería enferma, y no vería á nadie y no suplo que pasaba en los dos dias que estuvo allí el juzgado, lo que llamó la atencion de la aldea, ya por el motivo que allí le llevó, ya por la curiosidad que excitaba el ver al señor juez y examinar el coche que le conduciera, porque si no, cualquiera persona la hubiera dicho el acontecimiento del dia tan extraordinario. Pero no; ella dice «que no estuvo enferma, sino que como todos los dias, estubo dando leccion en la escuela á todas las niñas del pueblo», esas niñas que habian visto un coche y un señor juez por primera vez, y que no consta fuesen mudas. ¿Cómo es posible que ignorase estubo allí dos dias el juzgado? ¿Cómo si no dió importancia á lo que oyó y se volvió á la cama, y no hizo caso de lo referido hasta dias despues, pudo inmediatamente venirle ese aturdimiento que le impedía oír lo que las niñas hablaban de aquellos señores que habian ido al pueblo en un coche y de las cosas que hacían, y no la impedia el decir á Silverio Cristóbal, á su mujer y al otro en los dias que estubo allí el juzgado que nada habia oido y que si algo supiera bastante tenían los Monederos para hundirlos? Y esto despreciando, que no pudo subir á la sala porque su casa actual no tiene piso alto; que lo que dice en su ambigüedad no expresa nada, y esto atendiendo que certifica con referéncia al sentido mas torpe del hombre, y á la expresion mas variable tambien cual la voz que se

modifica por constipado y advierte que uno de esos tres bultos tosío; ó por miles de otras causas, y que si la vista perspicaz de suyo no distinguió quienes eran los dos que hablaban aunque les veia, ¿cómo el oído que es mas torpe pudo distinguir lo que si tuviera relacion al caso de autos se habria dicho muy bajito? El rencor, la enemistad, el odio, es lo que únicamente demuestra esta señora, quien ciega por la pasion ha llegado hasta el perjurio. La sala lo ha visto. ¿Cómo el señor fiscal juzga apoyo firme ese dicho de la maestra para acusar á los Monederos y no fulmina contra ella la pena que sus propias confesiones exigen...? ¿Tiene el carácter por lo que ahora importa de leal y verdadera y sin ninguna sospecha? ¿Dónde está, pues, esa prueba de indicios? ¿Cuáles son, ya que se han examinado, las declaraciones que utilizaba el señor fiscal en su acusacion? ¿Dónde está el arma homicida? No se encuentra. ¿Dónde la lucha? No se sabe. ¿Dónde las manchas de sangre? No se han visto. ¿Dónde los rastros de cualquiera especie que señalen determinadamente á mis defendidos? No existen. ¿Dónde esos hechos unidos tan directamente al crimen que no admitan otra esplicacion? ¿Dónde se esconden que yo no los veo?... ¿Quién sabe! No se han descubierto. Yo solo he visto que las vecinas próximas á las casas de mis defendidos, nada han sentido ni oido en toda la noche; yo solo he visto que las familias de los procesados, que sus criados y pastores, todos conformes han pasado la noche como ordinariamente; en sus casas respectivas; yo solo he visto incomunicados cerca de dos meses á cuatro hombres que presuntos reos, se les encierra en un oscuro calabozo, y se les hacen mil diversas preguntas á que contestan con franqueza, y cuando la incomunicacion amenazaba con la contradiccion, que sus declaraciones aisladas ó puestas en relacion alejan la idea de la criminalidad; yo solo he visto al juzgado hacer mientras tanto mil diversiones, multiplicadas averiguaciones y diligencias, sin que á pesar de todo puedan hacerse firmes cargos; yo solo he visto una cruzada de hermanos y pacientes dirigida por un ministro del altar, para pasarse por debajo de la pata á los Monederos; y yo solo he visto, en fin, la baha de la calumnia arrojada por esos chicleos y la maestra, que al fin ellos mismos limpian con sus contradicciones, que les alejan el concepto de leales, verdaderos é sin ninguna sospecha. Y ahora sepa la sala que los chicos carecen de la edad legal para que sean admitidos sus dichos en juicio, lo que hasta ahora no he querido decir, porque pidiendo como pido la absolucion libre, he querido admitir toda clase de cargos. ¿No ve V. E. limpiado el arcaduz que conduce á la inocencia de los Mone-

dero? ¿No le vé súcio y fangoso el que nos lleva á sospechar en ellos? Y digo sospechar, porque quitad el fango en que se envuelve la sospecha y por los dos medios aparecerá esplendorosa y brillante su inocencia. Voy á ocuparme ahora de ese otro rumor publico que dice el señor fiscal considerando la muerte de la vaca como un hecho necesario á la perpetracion del delito. El fiscal de S. M. decía: «Esa muerte de la vaca es sangre que quiere lavar sangre.» Y ¿dónde estaba esa sangre? No, no habia sangre, porque antes de matar la vaca, en aquella misma mañana, Bonifacio Sanz, Ricardo Herrero y otra infinidad de vecinos vieron á los que se supone reos, sin ninguna alteracion en su rostro, sin mancha alguna en su ropa. ¿La mataron acaso solos los procesados? ¿Por ventura la han muerto en su casa? La muerte de la vaca no tiene relacion alguna con el delito. Es una costumbre del pais nacida de la necesidad. Sauquillo es un pueblo en que no hay abastos ni tampoco matachines, y por eso se reunen varias familias y matan reses para su consumo, que dividen entre sí; y esta vaca fué comprada muchos dias antes, y convinieron los compradores, entre los que habia varios agenos á esta familia, matarla el dia en que se verificó, para lo que unos fueron dias antes á pedir permiso al dueño de la carniceria, que como de propios fué vendida, y aquella mañana estuvieron limpiándola de birutas y demás porquería que la obra que estaba haciendo habia arrojado en el matadero, como todo resulta probado y confirmado por cuantos intervinieron, y cuyas declaraciones pueden ver V. E. ¿A qué sacar á relucir este hecho aislado é independiente del caso de autos? Si no se ha visto sangre, porque no les ha manchado, ¿cómo habian de pensar en lavarla? Pero los enemigos solo se han cuidado de hacinar cargos sobre cargos, y hasta de las cosas mas sencillas han querido hacer grandes cargos. Esto prueba que su intencion no ha logrado adquirir, porque no existe, un arma poderosa. La multiplicidad envuelve la confusion, y la verdad sabe V. E. que es sencilla de suyo. Si hubiera existido esa arma poderosa, si hubieran cometido el delito, alguno hubiera visto ó aprendido algo, y la envidia, que rodea siempre al que es superior, esa envidia que inspira ese anciano venerable, que viene siendo hace mas de cuarenta años la persona principal del pueblo, y que se revela en el informe de conducta del alcalde: «me dice: «Que toda la familia es muy honrada, y que solo nota que son voluntariosos y desprecian su autoridad.» como si un inferior elevado á alcalde inspirara respeto al superior, en las cosas ordinarias.» (Continuará.)

El jóven, á quien este diálogo sarcástico contrariaba, murmuró: —Yo soy indiferente á tales cuestiones. —Y á otras muchas, añadió su padre con reconcentrado acento. Una triste sonrisa entreabrió los labios de Pablo, que cambió algunas palabras en voz baja con el abate. —Antonina, murmuró la baronesa, —hacedme el favor de preparar en el salon la mesa de juego. —Sí, tía, —dijo la jóven dirigiéndose á la mesa vecina. —Todas las opiniones son respetables, —repuso Flora de Chalones, —y porque el señor de Bourquin haya recibido un balazo en la pierna en la plaza de Palais-Royal en el año de 1830, no ha de ser enemigo de todos los que defiendan los Borbones. —¿El Sr. Bourquin es un héroe de Julio? —murmuró Montarnal sonriendo. —No es un héroe el que solo consigue desmontar algunos guardias reales... —¿En el rincón de una calle? Ved lo que es la casualidad; quizá he estado yo á punto de ser enviado al otro barrio por una bala de vuestro señor padre, amigo Pablo. En fin, por lo menos el Sr. Bourquin habrá desmontado algunos amigos míos, porque tenia muchos en la guardia, y ellos en rebancha le hicieron esa caricia en la pierna. ¿Cómo ha de ser! Todo pecado merece misericordia; ¿no es verdad, abate? Al decir esto se levantó, sacó la petaca y dijo al último: —¿Queréis veniros á fumar conmigo un cigarro al jardín? —Sí la señora baronesa me lo permite... —Sois libre, completamente libre, señor abate; solamente que como detesto el humo del cigarro no extrañareis que no os invite á que me hagais la partida esta noche. —¡Oh! entonces me quedo, me quedo; —esclamó el infeliz dejándose caer con desaliento en la silla. —Vos que no jugáis nunca, amigo Pablo, si queréis bajar al jardín con el señor de Montarnal... —¿Pardiez! eso es mejor, —dijo Radianle para sí. El Sr. Bourquin lanzó una mirada pública sobre su hijo, que sin hacer caso le ella se reunió vivamente al señor de Montarnal. Juntos pasearon durante cinco minutos sin decirse una palabra; por fin el ex-

guardia se detuvo y apoyando su mano en el hombro del jóven, esclamó: —Mi querido Pablo, comprendo que no sois dichoso, y que no queréis hablar de ello. Es la segunda vez que me encuentro con vuestro padre; y mucho me temo que á la tercera no haya entre nosotros un cataclismo. No adivino por qué; pero comprendo que nos odian los dos con todo corazón. —No puedo responderos, señor, porque no sé lo que ha pasado entre vos y él por el camino; además, en ningún caso me es permitido juzgar su conducta porque mi padre no me habla nunca de los negocios, yo soy para él un extraño, ya que no un enemigo como dicen las gentes; yo nada he hecho para merecer proceder semejante; y en cuanto á vos no puedo dudar que sus sentimientos os sean desfavorables porque habeis sido guardia de Corps y profesas odio mortal todos los individuos de ese cuerpo. —Es extraño. —Se asegura que tomé parte en la revolucion solo por batirme contra los guardias. —¿Qué diablos le habian hecho? Antonina se les reunió en aquel momento, y apoyándose con cariño en el brazo de su padre murmuró: —Mi tía Aurara acaba de entrar y el cabriolé estará á las ocho á la puerta del jardín. —¡Misericordia! ¡á las ocho! ¿por qué no le has citado antes de salir el sol? —¡Ah! —murmuró la jóven fijando en Pablo una mirada expresiva, —yo tambien he dejado por allá un recuerdo y necesitaremos todo el dia para realizar esas peregrinaciones. —¿Pensais abandonar pronto á Saint-Aubin? —Preguntó el jóven con emocion. —Pasado mañana, —esclamó Montarnal, —si vuestro señor padre no añade un ex guardia de corps mas á su lista de sacrificados. Pero veamos, y ya que somos amigos, como amigos hablemos. No os pido ninguna confianza; ya sé algo, y he visto lo bastante para adivinar el resto; vos no habeis nacido para vivir en este destierro, venid á probar fortuna á París, yo trato con familiaridad á Dios y al diablo, y cuento hacer algo por vos. —Os doy gracias con toda mi alma, —murmuró el jóven estrechando con efusion la mano del anciano, —y quisiera poder acabar con la existencia que aqui arrastro, y aceptar la proteccion que tan

generosamente me ofrecéis; pero colocado entre dos deberes, obedezco al mas imperioso. —Es decir que seguireis obedeciendo ciegamente á la voluntad de vuestro padre? —esclamó Antonina. —Sí, mientras no ataque á mi honor, —repuso el jóven con firmeza. —¡Estrañe jóven! —murmuró para sí Montarnal; —no habla nunca una palabra demás. En todo me recuerda mi pobre Carlos. Volvieron al salon, donde las dos gemelas, el abate y el señor Bourquin hacían su partida de tresillo: el abate estaba de suerte y ganaba diez y ocho sueldos, lo que le valia no pocos lanceazos de parte de la baronesa. VII. Recuerdos. El cabriolé del señor Plautier, cargado de hierro como un furgon de tron, avanzaba cuanto podia arrastrado por un vigoroso caballo. A las diez, Montarnal y su hija hacían su entrada en Dieppe, y despues de dejar el cabriolé en el hotel de extranjeros y de almorzar allí, el ex-guardia de corps salió á pié con Antonina. Al término de una calle, cerca del corregimiento, se detuvo, examinó con atencion la fachada de una casa antigua y entró con su hija en un patio bastante mal enlosado. Dirigióse á un peristilo que contaba pocos escalones y mostróle en uno de ellos á su hija la huella en la piedra de un pié diminuto, encima del cual se leia esta inscripcion: «Su primer paso fué para Dieppe, y para Dieppe un beneficio.» —¡Hé aqui el recuerdo! —murmuró. —Este es un pié de niño, —replicó Antonina, —pero el lema no esplica á qué ilustre personaje perteneció. Perteneció á la hija de la princesa Carolina de Nápoles, duquesa de Berry, de la que es hoy duquesa de Parma; esta inscripcion conmemorativa recuerda la llegada á Dieppe de la jóven princesa María Teresa el cuatro de setiembre de mil ochocientos veintisiete; no tenia entonces mas que veintiocho años y era la niña mas gentil del reino. La señora de Berry, su madre, bajó con ella á esta casa, que pertenece al Sr. Olivier Quénouille. La duquesa, que me queria mu-

cho, como tú sabes, quiso que fuese yo de la comitiva, y yo fui quien trazó con un lapiz el contorno de aquel adorable zapatito de tafete encarnado con hebillas de oro; era su primer viaje y la inscripcion recuerda ese hecho histórico; y en cuanto al beneficio, se refiere al que hizo yendo á bañarse á la playa con una pobre niña á quien quiso recoger y dotar. ¡Ah! La inscripcion se conoce ya apenas y dentro de algunos años no quedará el menor vestigio. ¡La historia envejece tanto y mas que los hombres! —Lo que no deja de ser consolador, padre. —Sí, —murmuró Radiante acariciando su barba, y fijándose de nuevo en la inscripcion de la piedra, dijo sonriendo: —«Figurate que esta buena duquesa contaba entonces en el número de sus camareras á una florentina que era la mujer mas adorable que yo he visto; dos ojos aterciopelados, cabello que descendia hasta la cintura, y unos dientes... ¡unos dientes que eran capaces de comerse tres herencias sin cansarse! Llamábase Fenella... No sé cómo sucedió, pero una tarde...» —Padre, —murmuró Antonina comprendiendo que iba á reseñar uno de aquellos episodios que detallaba con demasiada fruicion. —Es verdad, es verdad, no tienes necesidad de saber... Despues se hizo robar por un inglés, con el cual se casó... ¡En fin vamos á almorzar! El recuerdo de esta aventura le puso de tan buen humor que no se apercebía de que su hija metía tal prisa á los camareros del hotel, que almorzaron en menos de media hora. Cuando terminaron de tomar el café, Antonina presentó á su padre su sombrero y su baston, y dijo: —Ahora me toca á mí dirigir la expedicion y no podemos perder un minuto si hemos de estar en Saint-Aubin á la hora de comer. —Yo me río de Saint-Aubin y de todo lo que allí hay. Subieron en carruaje y Antonina que se habia enterado bien del camino que debia seguirse para llegar á Pourville, dió al cochero todas las indicaciones necesarias. —Ni el diablo sabe adónde me conducen, —esclamó su padre cuando el carruaje se internó en las gargantas de la montaña.

RADIANTE. 27

